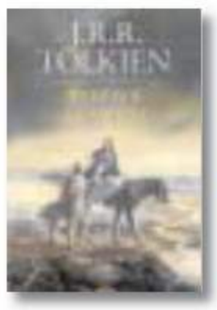
EL ROMANCE DE TOLKIEN EN EL REINO DE LAS HADAS

«Beren y Lúthien», la historia de amor entre un hombre mortal y una princesa elfa, se inspira en la que tuvo el autor con su esposa

Beren y Lúthien
J. R. R. Tolkien



Ed. C. Tolkien
Ilus. Alan Lee
Minotauro, 2018
298 *páginas*
21,95 *euros*
★★★☆

SIEMPRE UNIDOS
Arriba, la tumba de J. R. R. Tolkien y su esposa Edith (con sus alias, Beren y Lúthien) en Oxford. Abajo, retrato del escritor

MIGUEL ÁNGEL BARROSO

Primer domingo de otoño. Cementerio de Wolvercote, en el norte de Oxford. Miembros de la Tolkien Society se reúnen junto a una sencilla tumba. Es el acto final de la *Oxonmoot*, la asamblea que el citado grupo celebra cada año en el fin de semana más cercano al cumpleaños de Bilbo y Frodo, los hobbits más renombrados. En silencio, solemnes, con coronas de flores en las manos y el rostro cruzado por una sonrisa melancólica, estos fans del creador de la Tierra Media se preparan para la ceremonia de *Enyalië* (recuerdo o memoria). «Damos las gracias por la vida del hombre que nos ha inspirado y unido en hermandad», dice una portavoz de lacia melena gris, como la mañana. Lee un fragmento de *El Señor de los Anillos* y, después, alguien se arranca con una tonadilla en élfico. Por detrás de las flores y las velas humeantes asoma una lápida de piedra con la siguiente inscripción:

Edith Mary Tolkien
Lúthien
1889-1971
John Ronald Reuel Tolkien
Beren
1892-1973

Christopher, hijo y albacea literario de Tolkien, menciona en el prefacio de *Beren y Lúthien* (Minotauro) una carta que le escribió su padre el año después de la muerte de su esposa: le hablaba de su abrumadora sensación de pérdida y de su deseo de inscribir «Lúthien» debajo de su nombre en la lápida. Vinculaba el origen de la fábula con un recuerdo de juventud: el claro de un bosque lleno de cicutas cerca de Roos, en Yorkshire, donde Edith bailó como la doncella más hermosa que jamás existió, Lúthien (también llamada Tinúviel –ruiseñor– por Beren). «Tinúviel llevaba un vestido perlado y sus blancos pies desnudos se movían veloces entre los tallos de la cicuta».

Como la de Beren y Lúthien –hombre mortal y princesa de los elfos–, la de John y Edith fue una historia de amores prohibidos, de dolorosas separaciones. En 1908, a los 16 años, Tolkien conoció en el orfanato a Edith Mary Bratt, tres años mayor que él. Se enamoraron. El padre Morgan, tutor de Tolkien, le prohibió cualquier contacto hasta que cumpliera los veintiún años. Él era católico y ella, anglicana, fe a la que tuvo que renunciar para casarse, lo que generó tensiones en la pareja. A los tres meses de la boda, John se embarcó hacia las trincheras del Somme, de donde regresó traumatizado. El ambiente académico de Oxford asfixiaba a Edith, celosa de la amistad que su marido mantenía con C. S. Lewis (autor de *Las crónicas de Narnia*), «un intruso en su familia». Pero el amor sobrevivió.

COMO LA DE BEREN Y LÚTHIEN, LA DE TOLKIEN Y EDITH FUE UNA HISTORIA DE AMORES PROHIBIDOS

Épico y poético

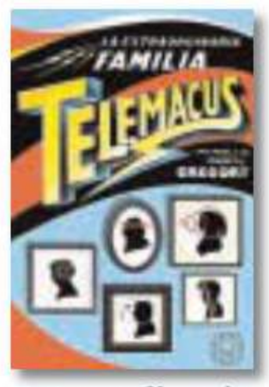
Beren y Lúthien es un compendio para iniciados en el *legendarium* de Tolkien que reúne diferentes baladas y cuentos protagonizados por estos amantes, salpimentados con comentarios del editor, Christopher, a quien debemos la gigantesca tarea de ordenar los manuscritos inéditos de su padre. El volumen tiene vocación de «versión definitiva» de uno de los relatos más bellos de *El Silmarillion*. El estilo entre épico y poético del autor de *El Señor de los Anillos* está presente en esta obra ilustrada por el gran Alan Lee, que hará las delicias de sus fans irredentos y que tiene el valor de ser, probablemente, la última bajada al archivo por parte de Christopher. Con 93 años, ha elegido este relato *in memoriam* por lo que supuso para sus progenitores y por la reflexión, constante en Tolkien, sobre los destinos y las segundas oportunidades. ■

Una familia paranormal

El norteamericano **Daryl Gregory** organiza un desparrame familiar que está próximo a mutar en serie de la Paramount TV

RODRIGO FRESÁN

Podría argumentarse que toda trayectoria de novela se apoya sobre dos impulsos temáticos básicos: el quedarse en familia o el salir de viaje. Y muchas veces se parte a la aventura por la única necesidad de dejar atrás y bien lejos al propio clan mientras que en otras ocasiones se sale de casa sólo para después tener la oportunidad de volver. En este esquema –ya se sabe y como bien postuló Tolstói– hay familias felices y tristes causantes de odiseas tormentosas o de paseos plácidos. Y –muy especialmente dentro del imaginario norteamericano– abunda la familia loca que te vuelve loco o que, genéticamente, te hace enloquecedor. Son, por lo general, familias de frustrados triunfales de esos que no puedes dejar de leer aunque en más de una página te obliguen a bajar los ojos de las letras por vergüenza ajena o a sostenerles la hipnótica mirada.



Extraordinaria familia...
Daryl Gregory
Blackie Books, 2018
552 *páginas*
23,90 *euros*
★★★☆

«LA FAMILIA TELEMACUS» repite rasgos a la vez que le añade la particularidad de ser no «una familia muy normal» como los adorablemente siniestros Addams sino una familia muy paranormal. Su saga abre el juego con un epígrafe de Uri Geller (*Doblacucharas* es el título original del libro) y no demora en presentarnos a una tribu de hermosos perdedores con efectos especiales y afectos más especiales aún. Su rareza psicotrónica/psíquica es el ingrediente secreto que Gregory añade a una receta que no por, sí, familiar deja de resultar sabrosa y entrañable. Los muy funcionalmente disfuncionales Telemacus son objeto de investigaciones gubernamentales *top-secret*. La progenie resultante genética de la unión del especialista en trucos con naipes Teddy Telemacus y la todopoderosa Maureen McKinnon son tres hijos (Irene es un detector de mentiras humano, Frankie puede mover objetos con su mente y el casi autista-zen Buddy está capacitado para ver el futuro y habitar *vonnegutianamente* todos los tiempos al mismo tiempo) que jamás hubiesen sido aceptados en la academia del profesor Charles Francis Xavier en esos cómics de la Marvel.

Y, SÍ, HUBO UN TIEMPO EN QUE LOS TELEMACUS descollaron como atracción de feria televisiva hasta que emiten una actuación de lo más trágica; pero, tres décadas después, en 1995, sus habilidades no les sirven de gran cosa. Y el hijo adolescente de Irene, Matty, parece ser un nuevo eslabón del asunto (realiza viajes astrales cada vez que se masturba pensando en su prima Alice/Malice). De pronto la CIA vuelve a por ellos. En más de una ocasión uno ya ha estado aquí –invitado por A. Tyler o M. Chabon o J. Lethem o K. Dunn– pero Gregory descolla cuando, más allá de todo fenómeno *freak* se impone la potencia de lo sentimental. Se comprende que no hay súper-poder mayor ni *Expediente-F* más intrigante que la capacidad de amarse los unos a los otros aunque, primero, haya que vencer la eterna tentación de salir teletransportado del hogar, agridulce hogar. ■

Daryl Gregory